

Leer para contar

Era una tarde de jueves de aquellas en las que no había escuela. Llovía y no se podía jugar fuera, así que nos juntamos en el cuarto de atrás de mi casa cuatro o cinco chicos, niños y niñas de entre ocho y diez años. «¿A qué jugamos?», preguntó alguien. «A contar películas», dijo Blanca. No recuerdo quién comenzó y contó una que habíamos visto todos pocos días antes, pero eso no importaba porque siempre disfrutábamos reviviéndola, ahora en la voz de cualquiera de nuestros amigos. Después otra, y otra... Todas eran películas ya conocidas porque en el pueblo sólo había un cine. Había sesión todos los domingos del verano, y en invierno el tercer domingo de cada mes, el día de mercado.

Estuvimos así un tiempo hasta que alguien propuso cambiar de juego. Entonces mi primo Tomás dijo que quería contar una que no habíamos visto ninguno. Aquello nos interesó a todos, pero a mí de una forma especial porque sabía que Tomás era el mejor contador de películas que hubo y habrá en el mundo entero, así que todos nos dispusimos a escuchar.

«Se titula *Kharkov, kilómetro mil* y trata de un niño que vive en un pueblo de Rusia. Un día llegan unos soldados y se llevan a su padre», comenzó.

Contó cómo el camión, con el hombre en su interior y oculto por un toldo que cerraba la caja por completo, se alejaba por la carretera nevada, mientras su mujer y su hijo se quedan en la puerta de la miserable casa que habitaban llorando con desconsuelo.

Continuaba narrando cómo el chico ayudaba a su madre en los trabajos y cómo ésta pasaba los días llorando, sin comer ni dormir. Que por la noche escribía cartas al marido y cómo después esperaba al cartero a ver si le traía una respuesta sin que ésta llegase nunca. Por fin la mujer cae enferma y, a pesar

de los muchos cuidados que el niño le dispensó, muere y el chico se queda solo en la casa.

Recoge en un hatillo sus cosas y se echa a los caminos, intran-sitables por la invernía, con el propósito de llegar a la ciudad de Kharkov, que era donde siempre decía la madre que se habían llevado a su esposo. Kharkov estaba a mil kilómetros de distancia. Tomás nos habló del frío que el niño pasaba por aquellos caminos helados y lo hacía de tal forma que nos apretábamos unos contra otros estremecidos al sentir en nuestro cuerpo las penalidades que nos describía. Pero lo que a mí me tenía más asombrado era el escucharle narrar lo que



Fotografía: DNL.

el chico pensaba en cada situación, lo que sentía en medio de tantas desgracias, en fin, todo aquello que no se veía en las películas. El caso es que, cuando parecía que la historia se acabaría con la llegada del muchacho a Kharkov y la noticia de que también el padre había muerto, el narrador introdujo una novedad en el juego: continuó hablándonos de la soledad que le esperaba al chico, haciéndose en voz alta preguntas, y aventurando respuestas para ellas, sobre el triste futuro del protagonista. Escuchábamos llorando a lágrima viva.

Cada uno se fue a su casa en silencio. Al quedarnos solos le pregunté a Tomás cuándo había visto aquella película y cómo era que conocía los pensamientos del chico; cómo había sabido lo que sentía cuando se encontraba solo en el mundo. Casi sin mirarme me dijo: «No es una película, es un libro que leí. Los libros cuentan también esas cosas». Desde entonces, cuando Tomás y yo jugábamos a «contar películas», también valía contar libros. ■

* Xabier P. DoCampo es escritor y Premio Nacional de Literatura Infantil.